

XIV domingo de Tiempo Ordinario

4 de julio de 2021

- **Ez 2, 2-5.** Son un pueblo rebelde y reconocerán que hubo un profeta en medio de ellos.
- **Sal 122. R.** Nuestros ojos están en el Señor, esperando su misericordia.
- **2 Cor 12, 7b-10.** Me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo.
- **Mc 6, 1-6.** No desprecian a un profeta más que en su tierra.

En aquel tiempo Jesús, saliendo de allí se dirigió a su ciudad y lo seguían sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada: «¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada? ¿Y esos milagros que realizan sus manos? ¿No es este el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? Y sus hermanas ¿no viven con nosotros aquí?». Y se escandalizaban a cuenta de él. Les decía: «No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa». No pudo hacer allí ningún milagro, solo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se admiraba de su falta de fe. Y recorría los pueblos de alrededor enseñando.

(Marcos 6, 1-6)

1. Desde la Palabra de Dios

Tras el anuncio de la llegada del Reino de Dios en el entorno del Lago de Galilea, con palabras y signos asombrosos, Jesús regresa a Nazaret, el pueblo donde se crió, que ha dejado desde ya algún tiempo. Ésta será la única visita a su pueblo registrada por el evangelio durante su vida pública.

Jesús se dirige a la sinagoga el sábado, donde se pone a enseñar a la gente y su explicación sorprende a las personas de Nazaret, en las que suscita una serie de preguntas, que manifiestan su rechazo hacia Jesús y también de los familiares: no lo aceptan por el hecho de que pensaba y actuaba diferente a cómo lo conocieron de niño. En el fondo no pueden entender el misterio de la Encarnación.

Marcos pone en boca de los nazarenos cinco preguntas, que en el fondo son cinco excusas para rechazar la Palabra de Jesús: «¿De dónde saca todo eso?» Es la cuestión sobre el origen del conocimiento de Jesús ya que todos sabían que no había adquirido en ninguna escuela particular. «¿Qué sabiduría es ésa que le han enseñado?» Esto lo dicen porque el mensaje les había llegado al corazón y porque su pensamiento era muy distinto a la de ellos. «¿Y esos milagros de sus manos?» La gente quedaba admirada sobre las acciones extraordinarias de Jesús. Las otras dos últimas preguntas «¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? Y sus hermanas ¿No viven con nosotros aquí?» La gente de Nazaret conoce a Jesús y a su familia, pero esta presunción de conocerle les impide acoger la novedad que trae consigo y chocan con Él.

Jesús ante esta situación solo puede lamentarse: «no desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa». Precisamente los que están más cerca se muestran más reacios a cambiar de opinión; nos cuesta creer en una persona que ha convivido mucho tiempo con nosotros y ahora viene a darnos lecciones de vida. Siempre es posible la sorpresa, que el que está a nuestro lado, a quien conocemos de toda la vida pueda enseñarnos algo nuevo. Pero para ello es necesaria una actitud de escucha, disponible al Espíritu de Jesús que hace nuevas todas las cosas. Solo así podrá el Señor seguir transformando nuestra existencia.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La página evangélica del día (cf. Marcos 6, 1-6) presenta a Jesús cuando vuelve a Nazaret y un sábado comienza a enseñar en la sinagoga. Desde que había salido de Nazaret y comenzó a predicar por las aldeas y los pueblos vecinos, no había vuelto a poner un pie en su patria.

Ha vuelto. Por lo tanto, irá todo el vecindario a escuchar a aquel hijo del pueblo cuya fama de sabio maestro y de poder sanador se difundía por toda la Galilea y más allá. Pero lo que podría considerarse como un éxito, se transformó en un clamoroso rechazo, hasta el punto que Jesús no pudo hacer ningún prodigio, tan solo algunas curaciones (cf. v. 5).

La dinámica de aquel día está reconstruida al detalle por el evangelista Marcos: la gente de Nazaret primero escucha y se queda asombrada; luego se pregunta perpleja: «¿de dónde vienen estas cosas?», ¿esta sabiduría?, y finalmente se escandaliza, reconociendo en Él al carpintero, el hijo de María, a quien vieron crecer (vv. 2-3).

Por eso, Jesús concluye con la expresión que se ha convertido en proverbial: «un profeta solo en su patria, entre sus parientes y en su casa carece de prestigio» (v. 4). Nos preguntamos: ¿Por qué los compatriotas de Jesús pasan de la maravilla a la incredulidad? Hacen una comparación entre el origen humilde de Jesús y sus capacidades actuales: es carpintero, no ha estudiado, sin embargo, predica mejor que los escribas y hace milagros.

Y en vez de abrirse a la realidad, se escandalizan: ¡Dios es demasiado grande para rebajarse a hablar a través de un hombre tan simple! Es el escándalo de la encarnación: el evento desconcertante de un Dios hecho carne, que piensa con una mente de hombre, trabaja y actúa con manos de hombre, ama con un

corazón de hombre, un Dios que lucha, come y duerme como cada uno de nosotros.

El Hijo de Dios da la vuelta a cada esquema humano: nos son los discípulos quienes lavaron los pies al Señor, sino que es el Señor quien lavó los pies a los discípulos (cf. Juan 13, 1-20). Este es un motivo de escándalo y de incredulidad no solo en aquella época, sino en cada época, también hoy. El cambio hecho por Jesús compromete a sus discípulos de ayer y de hoy a una verificación personal y comunitaria. También en nuestros días, de hecho, puede pasar que se alimenten prejuicios que nos impiden captar la realidad. Pero el Señor nos invita a asumir una actitud de escucha humilde y de espera dócil, porque la gracia de Dios a menudo se nos presenta de maneras sorprendentes, que no se corresponden con nuestras expectativas. Pensemos juntos en la Madre Teresa di Calcuta, por ejemplo. Una hermana pequeña —nadie daba diez liras por ella— que iba por las calles recogiendo moribundos para que tuvieran una muerte digna. Esta pequeña hermana, con la oración y con su obra hizo maravillas. La pequeñez de una mujer revolucionó la obra de la caridad en la Iglesia. Es un ejemplo de nuestros días. Dios no se ajusta a los prejuicios. Debemos esforzarnos en abrir el corazón y la mente, para acoger la realidad divina que viene a nuestro encuentro. Se trata de tener fe: la falta de fe es un obstáculo para la gracia de Dios.

Muchos bautizados viven como si Cristo no existiera: se repiten los gestos y signos de fe, pero no corresponden a una verdadera adhesión a la persona de Jesús y a su Evangelio. Cada cristiano —todos nosotros, cada uno de nosotros— está llamado a profundizar en esta pertenencia fundamental, tratando de testimoniarla con una conducta coherente de vida, cuyo hilo conductor será la caridad. Pidamos al Señor, que por intercesión de la Virgen María, deshaga la dureza de los corazones y la

estrechez de las mentes, para que estemos abiertos a su gracia, a su verdad y a su misión de bondad y misericordia, dirigida a todos, sin exclusión.

(Papa Francisco. Angelus, 08/07/2018)

3. Desde el fondo del alma

Así: te necesito de carne y hueso.

Te atisba el alma en el ciclón de estrellas,
tumulto y sinfonía de los cielos;
y, a zaga del arcano de la vida,
perfora el caos y sojuzga el tiempo,
y da contigo, Padre de las causas,
Motor primero.

Mas el frío conturba en los abismos,
y en los días de Dios amaga el vértigo.

¡Y un fuego vivo necesita el alma y un asidero!

Hombre quisiste hacerme, no desnuda
inmaterialidad de pensamiento.

Soy una encarnación diminutiva;
el arte, resplandor que toma cuerpo:
la palabra es la carne de la idea:
¡encarnación es todo el universo!
¡Y el que puso esta ley en nuestra nada
hizo carne su verbo!

Así: tangible, humano, fraterno.

Ungir tus pies, que buscan mi camino,
sentir tus manos en mis ojos ciegos,
hundirme, como Juan, en tu regazo,
y -Judas sin traición- darte mi beso.

Carne soy, y de carne te quiero.

¡Caridad que viniste a mi indigencia,
qué bien sabes hablar en mi dialecto!

Así, sufriente, corporal, amigo,
¡cómo te entiendo!

¡Dulce locura de misericordia:
los dos de carne y hueso!